



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 23 (2017)

Fernando DURÁN LÓPEZ (2015), *Juicio y chirinola de los astros. Panorama literario de los almanaques y pronósticos astrológicos españoles, 1700-1767*, Gijón, Ediciones Trea (Estudios Históricos La Olmeda, Colección Piedras Angulares), 131 pp.



La época dorada de los almanaques del siglo XVIII —1720 a 1767— está estrechamente vinculada a la figura de Torres Villarroel, ese «pícaro de lo fino / que oculta su patria y gente»; a su inimitable figura debemos la visibilidad y profunda transformación de un género que, a pesar de su importancia sociológica y literaria, no ha gozado de gran fortuna entre la crítica. Los acercamientos han discurrido a menudo por el frecuentado sendero que lleva a constatar la presencia o ausencia de aquellos aspectos que pudieran evidenciar la penetración del pensamiento ilustrado.

El estudio sistemático de este *Juicio y chirinola de los astros. Panorama literario de los almanaques y pronósticos astrológicos españoles (1700-1767)* de Fernando Durán viene a romper esta dinámica, a «roturar este erial de sus formas, contenidos, lenguajes y funciones pretendiendo extraer una clasificación tipológica», como su autor señala. Su rigurosa observación de los modelos que preceden al fenómeno de Torres, así como el análisis del de este y su impacto en los posteriores permite entender la evolución del género, su creciente literaturización, las rupturas y novedades torresianas y su impacto, por ello este estudio da mucha luz, también, acerca de la historia y genética de otros géneros, como la poesía o el ensayo, que encontraron acomodo en los almanaques.

Fernando Durán realiza una taxonomía de los pronósticos de la época, ocupándose no solo del contenido y evolución del almanaque, su estudio muestra cómo un género que nace dentro del discurso astrológico va paulatinamente desprendiéndose de este y literaturizándose. Su análisis comprende un arco temporal que comienza con el siglo, 1700, y termina con la conocida prohibición de 1767. A lo largo de siete capítulos va explorando los modelos que preceden al de Torres Villarroel, cuyo análisis permite aquilatar el impacto de este, sus seguidores, así como los modelos literarios «extremos» que van desarrollándose a partir del torresiano y los «disidentes».

El autor comienza explorando los orígenes del género en los siglos XVI y XVII, siglos que asientan un formato constante y estereotipado del género, por más que los pronósticos astrológicos existiesen ya desde el inicio de la imprenta. El estudio sistemático, tanto interno como externo, de dieciséis pronósticos del siglo XVII le permite: por una parte, trazar lo que denomina «modelo básico», el estandarizado almanaque previo al XVIII, en el que el autor reconoce, en algún caso, como el del *Pronóstico y lunario* de Andrés de Angresola (1678), varios de los rasgos que llevará a su culmen Torres, como esa «simbiótica relación entre astrólogo y público, jactanciosa y fascinada por la ganancia» (p. 23) que lleva a Durán a vincular esa «negociación de la autoría» no solo a un autor, «sino al género mismo como expresión comercial de una literatura no dependiente del aval de las élites letradas» (p. 23). Y es que uno de los aspectos que Fernando Durán aborda de este poliédrico fenómeno, es la creciente conciencia de profesionalidad y ese «vínculo lucrativo» con los lectores. Por otra parte, el estudio de este «modelo básico» lleva al autor a evidenciar las mutaciones que van llevando al género a lo que denomina «modelo extendido», un almanaque que suma a las secciones del básico prólogos, un juicio del año más amplio y un estilo que apunta ya al más sublime —hacia el que tiende— y que busca por tanto, como Durán señala, un público distinto al que hasta entonces le era propio. Este tipo de almanaque, que muestra una incipiente transformación, se produce desde mediados del XVII a partir del modelo italiano del Gran Piscator Sarrabal de Milán, cuyos contenidos irán expandiéndose.

Este almanaque, de filiación italiana, que llega a nuestro país a lomos de los Sarrabales, seguidores españoles del Gran Piscator, reivindicará como propio el territorio de lo ameno y, lejos de pretender dignificar la ciencia que le sirve de base, presenta a esta como una «mentirijilla tan vulgar como inocua» (p. 34). Durán va penetrando en el modelo, mostrando cómo el género va haciéndose más literario y va abriéndose a otros géneros, poemas aforísticos o de puro ingenio, ajenos al modelo básico, así como a otros ejercicios de la pluma, dedicatorias, prólogos y aprobaciones, que se mueven en el ámbito de lo ensayístico, pero alejados de los nobles propósitos ilustrados, un dato, por cierto, que pone de manifiesto la modernidad y pujanza del ensayo.

Estos almanaques del «modelo extendido» serán los que copen el mercado hasta la aparición de Torres, Durán muestra cómo muchos de los pronósticos de comienzos de siglo, el *Nuevo Atlante Español*, el *Gran Gottardo español...* van transformando «el juicio del año en un texto más ambicioso desde el punto de vista del lenguaje» (p. 43), por otro lado, el uso de poemas, dedicatorias etc. en este modelo extendido, da la pauta, señala, «para que Torres use esas secuencias como matrices para transformar el género». Su investigación permite, por primera vez, comprender de dónde procede el modelo torresiano, así como aquilatar las novedades del salmantino que, como muestra, si bien fueron notables, no se ajustan a la «exagerada impresión de originalidad y subitánea ruptura tipológica» (p. 45) que Mercadier, Menéndez o Galech, entre otros, han reivindicado.

Por otro lado, la variable presencia de una miscelánea didáctica en este «modelo extendido» prepara las bases para una de las derivas del género en el XVIII,

el almanaque didáctico, al que acompaña el almanaque literario, la de los Kalendarios y guía de forasteros, que implica una «desastrologización del almanaque sin añadirle elaboraciones literarias o ensayísticas», por lo que el autor no aborda pormenorizadamente su estudio.

Las consecuencias de estos dos nuevos modelos no solo se aprecian en las mutaciones del género, sino también en la figura del «almanaquero», ya que esa literaturización impacta, por ejemplo, en el perfil de los autores.

El capítulo tres aborda el modelo literario de Diego Torres Villarroel situando sus innovaciones dentro de la «lógica interna de un producto» (p. 45) que sigue los mismos derroteros en otros países. Durán sistematiza la rompedora fórmula literaria del Gran Piscator de Salamanca en seis puntos: 1. «La expansión en tamaño, estilo y funciones de la dedicatoria y el prólogo» (p. 45), donde se ocupa de la «construcción autorial» en los paratextos, ya abordada por el autor en otras investigaciones, discurso que denomina, con gran acierto, «prólogo jactancioso». 2. El título «que dará la pauta estructurante de cada almanaque», absoluta novedad, y la introducción «que el modelo literario antepone» (p. 46). 3. La unidad del texto, que se consigue, a pesar de la diversidad de elementos, gracias a un marco ficcional que los estructura y es desempeñado por el título y la introducción. 4. La incorporación del verso, cuyos antecedentes Durán señala, aunque «Torres lo sistematiza y extiende a más lugares», un interesante aspecto del que el autor se ha ocupado en otro lugar. 5. «La supresión del bloque misceláneo», una apuesta rompedora que determina la estirpe literaria del modelo. 6. El «estilo perdulario» (p. 47), la exuberancia verbal que bebe en lo popular y conforma un carácter zumbón, que juega con varios registros, tomando una base común que comparte con su lector (refranes, frases hechas) y «desautomatiza». Fernando Durán va trazando también, una pequeña historia de los aspectos comerciales, mercantiles, que acompañan estas transformaciones, finas observaciones que permiten comprender y contextualizar el fenómeno y las diferentes derivas de un modelo cuya «estandarización» fija en torno a 1767.

A continuación, explora a aquellos pronostiqueros que continúan el modelo torresiano, literaturizando el producto en detrimento de lo astrológico, lo que lleva al autor a establecer la existencia de un «modelo literario extremo» que, a pesar de las transformaciones, no termina de romper definitivamente con el cordón umbilical del almanaque tradicional. Este modelo extremo se caracteriza por lo que denomina «marcos narrativos extendidos» (p. 81), signados por una fortísima literaturización que minimiza lo astrológico y el calendario.

Frente a este, y casi en oposición, a pesar de las apreciables hibridaciones que el autor ha explorado, aparece la tercera tipología que Fernando Durán establece, el «modelo didáctico». Un modelo que ya se intuye en algunos de los seguidores a Torres, y cuyo nacimiento vincula al «modelo extendido», no al hegemónico formato literario, «aunque le copien recursos o lo tomen como polo dialéctico» (p. 91).

En estos nuevos almanaques didácticos el carácter festivo del lenguaje, advierte Durán, se convierte en una estrategia para captar a un público alejado de la órbita docta, en el que

[...] las secciones fijas pierden relieve o se desjudicializan, mientras que las informativas se dilatan, aumentan su ambición intelectual, varían de año en año y ganan protagonismo y visibilidad en los títulos. [...] son volúmenes que se abaten a una prosa más moderna, sobria, sin lirismos ni afectaciones de misterio. No usan coplas y pocas veces recurren a ficciones introductorias (p. 91).

En el penúltimo capítulo Durán López estudia aquellos almanaques, «híbridos y rarezas», que no pueden incluirse dentro de la tipología vista.

Las conclusiones reflejan numéricamente la diversidad tipológica que el autor, con el rigor que caracteriza todos sus trabajos, contextualiza cronológicamente. Las cifras confirman y clarifican lo expuesto a lo largo del estudio, una clara superioridad del modelo literario (115 frente a los 210 que registra el Siglo), una nada desdeñable presencia del modelo extremo y una importante presencia, así mismo, del modelo didáctico, sobre todo en la década de 1750. Datos que muestran cómo «el cambio en funciones y registros se produce en los años 20 y 30», así como la enorme producción de los años 50.

Esta monografía de Fernando Durán, de gozosa lectura, sienta unas bases sólidas y rigurosas para quienes deseen explorar un género que tiene mucho que decir a la Historia de nuestra literatura, pero también para todos aquellos que quieran abordar la historia de los géneros en España desde una óptica libre y abarcadora que considere la contribución del rico legado, tipológico, estilístico y literario de lo popular.

Noelia GARCÍA DÍAZ